

En las arenas movedizas del trabajo y el consumo

La elección de una carrera laboral —regular, durable y continua—, coherente y bien estructurada, ya no está abierta para todos. Solo en casos muy contados se puede definir (y menos aún, garantizar) una identidad permanente en función del trabajo desempeñado. Hoy, los empleos, permanentes seguros y garantizados son la excepción. Los oficios de antaño, de *por vida*, hasta hereditarios, quedaron confinados a unas pocas industrias y profesiones antiguas y están en rápida disminución. Los nuevos puestos de trabajo suelen ser contratos temporales, *hasta nuevo aviso* o en horarios de tiempo parcial. Se suelen combinar con otras ocupaciones y no garantizan la continuidad, menos aún, la permanencia. El nuevo lema es flexibilidad, y esta noción cada vez más generalizada implica un juego de contratos y despidos con muy pocas reglas pero con el poder de cambiarlas unilateralmente mientras la misma partida se está jugando.

Zygmunt Bauman – Trabajo, consumismo y nuevos pobres

Elisa G. McCausland

LAS IDENTIDADES han dejado de ser permanentes, así en plural. Flexibilidad es el nuevo concepto que no solo define el mercado laboral, también responde a la posibilidad de cambio, a la ilusión de pluralidad a lo largo de la vida. Las modas culturales se suceden y aceleran el pulso de las identidades de los consumidores. Los bienes de consumo, al igual que los empleos, no duran; pero, no hay problema, estos son los tiempos líquidos que bautizara a finales del pasado siglo Zygmunt Bauman, donde la ética del trabajo protestante y el panóptico de Bentham han sido sustituidos por la legitimación del deseo y la disolución de la regulación normativa.

Hedonismo en tiempos de desregulación

Nuestra sociedad globalizada se compone de productores y consumidores, solo que de bajo coste. Generación *low cost*, *mileuristas*, *baby losers*; el principio del fin de la clase media, como han llegado a afirmar algunos. El consumo los define, pero el sueldo no llega. El dualismo está servido.

Naomi Klein recoge en su libro *No logo* lo que, desde su punto de vista, fue el principio de esta lógica de consumo,

frenética y consumista, nacida a la vera de la crisis económica de finales de los ochenta. «Al haber [en las empresas] menos empleados jóvenes, y al no ascender los que tenían, muchos ejecutivos se encontraron con la curiosa situación de que apenas conocían personas con menos de treinta años. En este contexto empobrecido, la juventud misma parecía extrañamente exótica, y de pronto toda información sobre la Generación X, la Generación Y y los veinteañeros se convirtió en el bien máspreciado.» Bautizados como cazadores de lo *cool*, esta juventud de principios de los noventa se ofreció a las grandes marcas como «agentes de cambio», aceleradores de hábitos de consumo para, a su vez, presentarse como consumidores de ese imaginario creado a imagen y semejanza de un presente en permanente renovación. Los pilares que sostuvieron —y sostienen— esta lógica de consumo son dos según Bauman: el culto a la diferencia y la libre elección. Ambos se dan de bruces contra los cimientos del Estado del bienestar —los ideales de igualdad—.

Dos años después de que se iniciara la mayor crisis económica del siglo, hasta la fecha, las preguntas que surgen son obvias ¿Cómo se sostiene una sociedad de consumidores caprichosos, sobre todo en época de crisis y que, además,

no gana lo suficiente para independizarse? ¿La crisis está afectando a los bolsillos del consumidor pero apenas ha tocado los imaginarios de consumo? ¿Existe una nueva generación de pobres que todavía no saben que lo son?

José Félix Tezanos, catedrático de Sociología en la UNED arroja un poco de luz al respecto: «En época de crisis la juventud procedente de familias de clase media hace lo posible para mantener un cierto nivel de estatus con *consumos aparentes* o recurriendo a nuevas formas de vida, a las que a veces he calificado de *hedonismo austero*, a través de las que se intenta disfrutar lo máximo de la vida gastando poco dinero (porque no se tiene), sin preocuparse mucho por el futuro». Adolfo de Luxán, coordinador de servicio de empleo y carreras profesionales del Colegio de Sociólogos de Madrid, matiza: «Hay una tendencia de la juventud a no irse de casa si no es en una situación de superseguridad. No se quiere perder poder como consumidor, y me refiero no tanto al poder adquisitivo como al poder de ocio».

La realidad de este país es que el 63 % de los españoles son *mileuristas*, según datos del Ministerio de Economía y Hacienda; es decir, 16,7 millones son los asalariados que perciben un sueldo bruto anual inferior a 13.400 euros, mientras



La realidad de este país es que el 63% de los españoles son *mileuristas*, según datos del Ministerio de Economía y Hacienda; es decir, 16,7 millones son los asalariados que perciben un sueldo bruto anual inferior a 13.400 euros, mientras que la retribución media nacional se sitúa en 18.087 euros brutos al año

que la retribución media nacional se sitúa en 18.087 euros brutos al año. El último barómetro del CIS apuntaba la precariedad laboral como una de las principales preocupaciones de la juventud, pero esta situación no solo afecta a las nuevas generaciones; la conocida *generación tapón* (llamada así por *taponar* el acceso de las nuevas generaciones, supuestamente más preparadas, a puestos mejor pagados y de responsabilidad) está viviendo en sus carnes la devaluación del empleo, ya sea a modo de ERE o a golpe de prejubilaciones. Son los sustentadores del Estado del bienestar pero, a su vez, están siendo víctimas de la polarización social resultado de un modelo económico agotado. Para las nuevas generaciones el colchón familiar ha dejado de estar mullido.

Crisis del modelo laboral español

La Generación Peter Pan, aquella que convive con sus padres hasta después de cumplir los treinta, se enfrenta a una situación laboral que, ya antes de la crisis, era complicada. Esta es la razón por la que muchos jóvenes alargan sus periodos de estudio, cursan masters o piden becas. Tres son las razones, según Roberto Escudero, consejero del Consejo General de Economistas y decano del Colegio

de Economistas de León, por las cuales las generaciones más jóvenes no logran una emancipación completa y se refugian en el hogar familiar: los jóvenes del siglo XXI son personas muy preparadas que tienen sueldos bajos y conviven con sus padres durante mucho tiempo porque los contenidos de su formación no coinciden con las exigencias del mercado; la productividad en España es muy baja, independientemente de la capacidad de sus profesionales y, por consiguiente, los salarios son bajos; y la política de vivienda ha sido «desastrosa» por lo que no han podido acceder a una casa para lograr así la emancipación.

La sensación general es que el mercado laboral español es «anacrónico y que no funciona. Está plagado de disfuncionalidades», dice Escudero y propone hacer «un gran esfuerzo por abordar el tema del mercado laboral y dejar de parchearlo». Adolfo de Luxán es de la misma opinión, pero además cree necesario un cambio de modelo productivo, enfocado a la innovación, para competir con las potencias emergentes. «Se trata de un proceso lento», dice, «pero necesario de cara al futuro».

José Felix Tezanos, por su parte, habla de «modelo laboral» más que de mercado, al que le afectan problemas y

desajustes de distinta índole. «Quizás lo más notable en estos momentos sea el paro y la precarización, así como los abusos de un modelo que ha basado la obtención de grandes beneficios a corto plazo en la utilización de una fuerza de trabajo barata y fácilmente reemplazable», apunta. Sin embargo, el problema de fondo «responde a los desfases conectados a los cambios en el modelo de la sociedad, de forma que aún se mantienen, en gran parte, esquemas propios del sistema industrial clásico, mientras que las sociedades y los sistemas productivos han evolucionado hacia parámetros claramente postindustriales. Eso se nota en los desfases entre la demanda y oferta de empleos, en los tiempos laborales, en la falta de *empleabilidad* de determinados títulos, en las devaluaciones de algunas cualificaciones, en los desfases de los planes de estudio, etc.», siendo los principales afectados las nuevas generaciones de profesionales.

El principal desajuste que la juventud trabajadora percibe es el que hermana sobrecualificación e hiperdisponibilidad y que se traduce en una realidad precarizada a la luz de los sueldos que cobran los recién licenciados en comparación con otros países. La incorporación de la mujer al mercado laboral y el trabajo temporal son dos de los factores que han contribuido a desequilibrar el modelo. Tezanos entiende que la situación laboral española presenta serios problemas, sobre todo ahora que el país no termina de salir de la crisis. «No solo tenemos mucho paro, sino que tenemos mucho empleo temporal de poca calidad y bajos salarios, lo cual en sí mismo es un problema para que la demanda pueda

umentar razonablemente a medio plazo; por no mencionar el problema aberrante de la *becarización*, que se ha acaudado aceptando tácitamente, sin caer en la cuenta de que, por esa vía, se están bloqueando conquistas sociales y laborales que costó mucho tiempo y esfuerzo alcanzar», sentencia.

Flexibles pero ¿sobradamente preparados?

Hablar de sobrecualificación es traer a escena la precariedad de la que es víctima una gran parte de la población recién licenciada. Tal y como lo define Nuria Rico, secretaria confederal de Juventud de CC.OO., la precariedad es «un desencuentro entre la formación adquirida y la actividad desarrollada»¹. El Plan Bolonia, sin ir más lejos, busca una comunicación entre formación y empleo; acercar posturas entre universidad y empresa, con el sistema estadounidense como espejo. También pretende actualizar el curriculum de todos aquellos estudiantes superiores que buscan medrar en su trabajo o encontrar empleo a partir de tener un máster en su curriculum vitae.

Roberto Escudero recuerda que el mercado laboral busca habilidades concretas aplicadas al desempeño, no tanto cualificaciones, y que la retribución de las mismas están ligadas a la productividad. «La universidad no es la que marca cuánto gana el profesional, eso lo hace el mercado». Es por esto que, dentro de una lógica capitalista y si no se reforma profundamente el sistema educativo, siempre faltarán enseñanzas prácticas. La empresa insiste en que el desencuentro parte de una formación inadecuada. Sin embargo, la universidad, por principio, no puede renunciar a enseñanzas que el mercado considera «de productividad baja».

Esta disociación entre cualificación y mercado es la que genera uno de los mayores malestares. Otra de las causas se debe a la temporalidad. Mientras que para Tezanos es un síntoma de la precariedad del modelo laboral, para Roberto Escudero no es más que «una manifestación específica del sistema de vínculos y de relaciones interpersonales en la sociedad posmoderna marcado por



la transitoriedad y volatilidad de los vínculos». No solo afecta a las relaciones interpersonales, también transforma el sistema de relaciones entre trabajadores y empresas. Entramos así en la lógica empresarial postindustrial que Escudero describe como «más flexible, con proyectos menos permanentes, pero que fomentan el trabajo en equipo y las experiencias únicas, más ligadas a lo circunstancial», a la liquidez de los tiempos que, sí, entrañan grandes riesgos, «pero también múltiples oportunidades», matiza.

Soluciones ¿al alcance de todos?

La innovación y la ecología parecen ser la llave para abrir el presente al futuro, al menos ese es el cambio de modelo productivo que proponen desde el Gobierno. Pero, además de un cambio de modelo, enfocado a la I+D+i, Tezanos sugiere alternativas como «aprovechar positivamente las potencialidades de progreso que nos brindan los avances científico-tecnológicos y las mayores cualificaciones de la población», todas ellas dirigidas hacia una mayor equidad y mejor distribución de los recursos. Con un mediador, el Estado.

Escudero admite que «los postulados de la desregulación han traído situaciones dramáticas de las que estamos saliendo con una gran inversión pública». La sociedad que, por una parte, tenía hasta el momento esa característica de desestructuralización, en tiempos de necesidad, «pide paraguas protectores para su salud y su vejez». Y, aunque llevan conviviendo un cierto tiempo y no resultan

incompatibles, de la mezcla de modelos surgen sociedades «tremendamente complejas, como son muchas de las sociedades europeas: muy desarrolladas, con márgenes muy amplios para el desarrollo del individuo y de la empresa pero con sistemas normativos que extienden su ámbito en todas direcciones».

Los ciudadanos piden más Estado en tiempos de crisis y una de las opciones que se barajan frente al abismo del desempleo es el funcionariado. Según una encuesta de Adecco, casi la mitad de los parados se está planteando estudiar unas oposiciones y el 14 % ya las está preparando. Una alternativa segura y coherente, aunque dependiente de la oferta de empleo del Estado. Pero, incluso el sector público adolece de la precariedad que el propio Gobierno intenta erradicar. Según el INE, desde el 2005 se han creado más de 70.000 puestos eventuales para empleos públicos, dato que corrobora la tesis de aquellos que aseguran que el problema del modelo laboral es más profundo de lo que pueda parecer, sobre todo cuando el Estado mismo se contradice.

Sin embargo, no debemos olvidar que la política del Ejecutivo en materia laboral ha sido clara desde el primer momento, y hasta nuevo aviso, seguirá reclamando a las empresas el cumplimiento de objetivos de paridad, creación de empleo estable y de calidad, además de fomentar las políticas necesarias que garanticen la permanencia del trabajador a largo plazo. Esta es la teoría ¿Vuelta a los orígenes? ¿Cambio de modelo? Solo el tiempo lo dirá. ■

1. Ver artículo titulado «Sobrecualificación en España», publicado en la revista *Profesiones* n° 105 (páginas 49-51).